

Desde Salamanca. Amenas divagaciones sobre neurastenia  
trascendental. ("Heraldo de Cuba", La Habana, 18 julio 1911)

**E**L mundo no es un hospital, aunque lo parezca, y nosotros, aun cuando enfermemos, no somos casos, sino hombres. De donde el médico ha de ser ante todo psicólogo.

La primera cualidad que debe tener un buen médico es la de saber mentir. O saber engañar, que es lo mismo. Porque la primera obligación del médico es engañar al enfermo, si es que éste deja que se le engañe. Y es porque no hay virtud curativa como la del engaño.

La verdad es casi siempre una cosa muy fea, trágica. Por lo cual hemosle puesto la camisa del arte. Qué sería la lógica sin la estética? La más noble representación de la muerte es figurarla como un esqueleto vestido de regio manto de oro recamado de diamantes. Y que éstos brillen tanto que deslumbren la vista.

A uno que tiene una enfermedad mortal no se le debe decir que la tiene, sobre todo si con hacérselo saber no se logra sino agravarle, como suele suceder, su dolencia. Es inhumano acibarar, y acaso acortar los días de un mortal hermano nuestro. Que se muera sin saberlo. "Desdichado por su desgracia y por conocerla", dice el coro a Edipo al verle luego que abiertos sus ojos a la verdad, se los vació con las fíbulas del traje de su madre y esposa, la infeliz Jocasta.

Es que puede uno ser desgraciado sin saberlo? Duns Scoto enseña que cabe a un hombre felicidad sin que él

O. Compañeros  
tome V



lo sepa. Pero estos son enigmas teológicos, no menos terribles que los de la Esfinge a Edipo.

Mentir, engañar, es el arte supremo del médico, esto es, dar ánimo al enfermo. Y cómo puede mejor darse a un hombre ánimo que por el engaño? Y hay que engañar a las veces también a la familia. Debe evitarse que el paciente descubra en los ojos de su madre, de su mujer o de su hija el secreto de su destino. Hay que rodearle de un ámbito de ignorancia, de engaño.

Pero los enfermos son terriblemente suspicaces. Y más los enfermos de aprensión; esos a que se da el nombre de aprensivos.

Qué es la aprensión? No lo saben más los médicos que saben los confesores lo que es escrúpulo y lo que no lo es. Hay enfermos terriblemente aprensivos, y es, como el de los tontos, infinito el número de los que tienen la aprensión de que han de morir. Habrase visto....! Sólo los jóvenes se creen inmortales, aunque por vergüenza se lo callan.

Sé de un enfermo que dió en la más extraña y tremenda aprensión, cual era en la de que la muerte le habría de coger dormido y no despierto. Y fué tan penetrante la manía, que dió en no dormir; el terror se lo impedía. El caso pareció llegar a desesperado, pero la sabia Naturaleza—sólo la Naturaleza es sabia de verdad—lo resolvió de una manera sorprendente. Y fué que el pobre aprensivo acabó por dormir soñando que estaba despierto.



4-25



Ahora los médicos han encontrado una palabra maravillosa, que es toda una panacea de engaño. Porque no hay como las palabras para curar, sean habladas o escritas. Muchas veces lo que cura no es la droga que contiene el frasco, sino la etiqueta. O sea la fe. Y otras veces la fé mata.

Y esa panacea verbal que han encontrado los médicos es la palabra neurastenia. Palabra que no quiere decir nada, os lo aseguro. Y por no querer decir nada deja que con ella digan lo que quieran.

La neurastenia es la fórmula científica del engaño. O pseudo-científica. Este pseudo tiene también un gran valor en medicina, donde hay la enfermedad hache y la enfermedad pseudo-hache, y sólo se distinguen en que la una mata desde luego y la otra no. Cuando llega a matar pierde el pseudo. Es decir, que es pseudo mientras no mata. Así, v. gr. una caída desde una torre, si uno muere de la caída es caída, pero si no muere de ella, aunque se quede cojo o manco, es pseudo-caída.

“Bah, lo que usted tiene no es más que neurastenia!” y es una de dos, o que el médico no sabe lo que tiene o que no quiere decirselo por creer que no debe. Y mi hombre se va por ahí con su neurastenia y hasta dándose tono con ella. Porque la neurastenia viste.

Y la cura? Bah! la misión del médico no es curar al enfermo, sino engañarle. Todos los enfermos son, en rigor, incurables. Y sobre todo la ciencia termina en el diag-



nóstico. Lo del tratamiento no es más que arte, y en punto de arte, el supremo es el del engaño.

La ciencia, decimos, termina en el diagnóstico, porque el fin de la ciencia es conocer las cosas, sus leyes y sus causas. Sólo al enfermo, —si será exigente!— no le consuela ni le alivia saber en qué consiste su enfermedad y cuál fué su causa. Sobre todo si la causa es, como suele ser, la vida. Porque no hay que darle vuelta, se muere de haber vivido.

La ciencia de la medicina estudia casos y no hombres y la perfección del conocimiento del caso se cumple en el diagnóstico. Y hay casos vulgares y otros muy bonitos, dando la pícara casualidad de que los más bonitos suelen ser los más feos para el que los padece. Yo no sé si será o no un consuelo morir de una enfermedad de que no haya otro caso en el siglo.

El tratamiento? Bah! el tratamiento consiste en hacerle creer al enfermo que va mejor, es decir, que de ésta no se muere. Con lo cual queda convencido—si no es joven—de que se morirá de otra.

Para los neurasténicos cambio de vida. Decía un célebre doctor a un paciente que fué a consultarle: “ni beba usted vino!” y como el paciente contestara: “pero si no lo bebo nunca, doctor...!” replicó éste: “pues entonces, bébalo usted!” Y el buen médico creemos que en este caso estaba en lo cierto.

Y lo más hondo es que el neurasténico suele saber que eso de la neurastenia no es

4-25



más que un mote para salir del paso, pero se deja engañar porque quiere que le engañen. Los hombres queremos que se nos engañe. Raro es el que cree a su médico, pero si se siente malo le llama, que es como decirle: "ven y ayúdame a que me engañe; hazme creer que de ésta no me voy."

Y así resulta que la medicina es la ciencia más profunda de la vida, pero la verdadera medicina, la de hombres, no la de casos; la de engañar, no la de diagnosticar.

Las Sagradas Letras dicen que la verdad nos hará libres, pero debe entenderse, nos parece, que nos hará libres de la vida, que nos li-

bertará de ella. Y si no, basta concordarlo con aquello otro de que quien a Dios ve se muere. Y no habíamos quedado en que Dios es la verdad suma? Como se ve, pues, la teología también es medicina, medicina del alma. Todo se reduce a hacerle a uno soñar que está despierto para que no le coja dormido la muerte.

Teniendo en cuenta todo lo cual, los casos y los hombres, la ciencia y el arte, el diagnóstico y el engaño, la medicina y la teología, la verdad y la vida, un amigo mío médico está estudiando ahora la que ha bautizado de pseudo-neurastenia. Maravillosa invención!

Esto de la pseudo-neurastenia va a abrir vastísimos horizontes nuevos a los médicos. Ya alguno de ellos lo ha presentido, pues sé de quien al presentársele un sujeto quejándosele de estar neurasténico, le contestó displi-

centemente y volviéndole las espaldas: "las ganas! por presumir!"

La pseudo-neurastenia se diferencia de la neurastenia verdadera.... Pero, en qué se diferencian los pseudos de los que no lo son? No lo sabemos a ciencia cierta. Así, v. gr., hay quien habla de la simulación del talento, pero cabe preguntarle: y para simular talento, no es acaso menester tenerlo? Porque si fuera posible simularlo sin tenerlo ¡vaya una plaga de simuladores! Es como cuando Pero Grullo se metió a paradojista.

Tal vez lo que mi amigo el médico va a llamar pseudo-neurastenia no sea más que la neurastenia trascendental, la de aquellos desdichados que no se conforman ni consuelan con la verdad, que quieren ser engañados y no pueden, sin embargo, engañarse. A éstos se les recomienda que lean, estudien y mediten a Kant, que se chapucen en la razón pura a ver si así logran soñar que están despiertos, con lo cual no les cogerá la muerte dormidos.

Y qué más da morirse de un modo o de otro? dirá algún lector de estas amenas divagaciones. Y qué más da morirse? le contestaremos. Por lo menos Schiller, médico también y médico militar, nos daba en verso alemán este admirable consejo: "Temas a la muerte? Deseas vivir inmortal? Vive en el Todo! Luego que tú te hayas ido, él queda!" Consejo que, como se ve, es maravilloso. ¡Vive en el Todo! es decir.... Es decir, qué? Porque yo no lo entiendo.



¡Vive en el Todo! Admirable formulario de receta de medicina trascendental. Y dentro del frasco, qué hay? Ni aire.

Luego que te hayas ido, él queda! Que es como si un médico le preguntara a un paciente: "y usted qué cargo ejerce?" y el paciente contestase: "yo, señor, soy de consumos," y el médico entonces: "bueno, pues no se preocupe usted, que aunque se muera, ya habrá quien llene su vacante."

De todo lo cual se deduce que no hay como no tener nada más que inteligencia para no padecer de ella. Tal vez si fuéramos un mero y escueto cerebro no padeceríamos de eso que llaman neurastenia, pero ese pícaro corazón....!

El corazón.... Pero hay cosas de que no debe hablarse, y el corazón es una de ellas. Además, si habláramos aquí de él perderían estas divagaciones su amenidad.

Miguel de UNAMUNO.

